

Agápê

Si me falta el amor...

José Luis Sánchez Nogales

Profesor de Filosofía y Teología de las Religiones. Facultad de Teología de Granada

Durante el curso 1996-97, el profesor Nogales —así se me conoce en Granada— presidía la Eucaristía en S. Torcuato un día en que se proclamaba un trozo del capítulo 23 del Evangelio de S. Mateo. Espoleada por el celo de las invectivas de Jesús contra los fariseos, la homilía del celebrante, aquél día, fue especialmente dura. Sus especulaciones acerca de lo que él llama el vicio perverso de la religión como «multiplicidad despojada de esencia» encontraba una confirmación teológica en las palabras de Jesús. La argumentación era racionalmente correcta, y no exenta de temperatura emocional. Alguien —a quien el profesor conoce muy bien— alteró hábilmente el canto de acción de gracias. Sentado en la sede, el predicador oía cómo el aire se llenaba con los sonos del n.º 38 del cantoral para jóvenes, *Si me falta el amor...* Las estrofas fueron desgranando uno a uno los versículos del capítulo 13 de la primera carta de S. Pablo a los Corintios. En su habitación, el Nuevo Testamento de Bover-O'Callaghan le fue haciendo desfilas ante los ojos, envuelto en los sonos ya lejanos del canto, cada uno de los 16 verbos de los que es sujeto *agápê*, «el amor». Pensó entonces que tenía

resuelto el motivo de su meditación personal para más de dos semanas. La dedicó a contemplar la fuerza de cada uno de esos verbos cuando el Espíritu los graba en el corazón. Las notas que fue tomando entonces, con algunas correcciones de estilo, constituyen el contenido de esta «confesión», de quien había descubierto que, habiendo hablado con razón, lo había hecho sin caridad.

El amor es comprensivo (*macrothumeî*). Tiene un gran corazón, paciente, capaz de padecer aquello que ama. El «objeto» del amor tiene un peso, que le da su carácter, actitud vital, educación, cultura. El amor paciente soporta ese peso. La comprensión es pasión del peso del amado: pasión del peso de lo que siente, de lo que le pasa, de por qué goza o con qué sufre. Quienes han recibido la vocación del amor tienen el «mandato» de observar una actitud de tolerancia, tendiendo siempre a la interpretación más benigna y al juicio más beneficioso para aquellos a quienes se debe el amor.

El amor es amable (*khresteuetai*). Tiene aptitud para vivir honradamente, con bondad, fiel a quienes ama, compasivo, misericordioso, dotado para obsequiarse permanentemente. La amabilidad

se eleva a la calidad de lo sublime cuando educa al amor para ser feliz viviendo así. La valentía espiritual es el cimiento de este estilo vital del amor. Y, además, es el único modo de amar desde la paz, sin tener que cargar con la vergüenza de ser el único en ser feliz, mientras otros son desventurados.

El amor no tiene envidia (*ou dsêloi*). No alberga celos malsanos, ni alimenta sospechas, inquietud o duda insoportable de que el amado haya mudado sus afectos. Se siente capaz de despertar cada día el amor. Y no tiene complejos. Si no una razonable confianza en su valía para mantener y sostener el afecto y el cariño del amado, a quien respeta en su sana y legítima libertad. El amor no mantiene prisiones. Es sutil, y huye con el alma cuando sospecha la prisión. El corazón, más que en el cuerpo, está en aquello que ama. El amor sabe de la inutilidad de los barrotes para aprisionar física, psicológica o moralmente. Porque, nacido en él, conoce el libre vuelo del corazón. El amor no aprisiona. Cuida el espacio de libertad que el corazón necesita para volar.

El amor no presume (*ou perpe-reuetai*). No tiene vana-gloria o jactancia arrogante de la propia valía. La vanidad construye sobre el

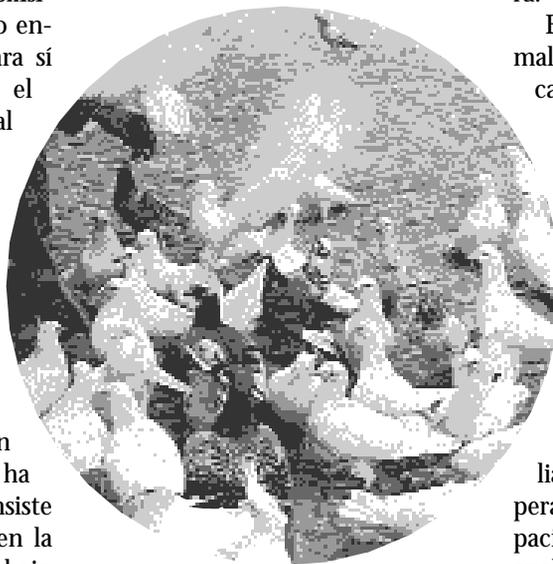
cimiento de la falta de realismo, la carencia de sustancia y la escasez de solidez. La vanidad presuntuosa es inútil, infructuosa, insubistente, Poco durable e inestable. Poco realista, pues no acompasa el sentimiento del propio valor y necesaria autoestima, con el sentido ecuánime de la inherente defectividad, la inclinación al mal y la tendencia al egoísmo. No se vanagloria, consciente de ser causa de sufrimiento de aquellos a quienes ama y por quienes es amado. El amor no presume, pues tiene esas justas medidas de autoestima y de sentido de la propia falibilidad. Sabe que vale, pero también que puede fracasar e inducir el dolor.

El amor no se engríe (*ou phísí-ouñtai*). No se hincha, infla, o ensorbece, creciendo sólo para sí mismo. No hurta, para ello, el alimento material y espiritual al amado. Hinchado de sus cualidades positivas, tendería a autoconvencerse de que sólo él tiene derecho a crecer y, en el fondo, a vivir. No actúa desde el engrimiento desconsiderado y humillante. Respeta siempre la valía personal de quien es, siempre, amado de Dios, aun cuando está equivocado, y ha cometido un error. El amor insiste hacia el amado cuando está en la desolación y el abatimiento, bajo el peso del sentimiento de culpa porque ha pecado contra el amor.

El amor no es mal educado (*ouk áskhêmoneî*). Mala educación es fealdad, torpeza, indecencia y deformidad. Educar indica un proceso espiritual por el cual se «duce», se saca, de cada ser humano lo mejor de sí mismo, que late en su interior, para su realización personal y el mejor servicio a los semejantes. Mal educado, el amor sacaría lo peor de sí mismo, lo más torpe y feo, y lo arrojaría sobre el amado: la ira, la violencia, el egoísmo, la intransigencia, la intolerancia, la incapacidad de com-

prender. Mal educado, el amor se guardaría celosamente para sí sus valores y no los obsequiaría. El amor educa. Extrae lo mejor de sí mismo, para crecer y perfeccionarse; y para ayudar a vivir y a crecer al amado. No es finura o exquisitez la educación del amor, sino su natural.

El amor no es egoísta (*ou dsêî tã èautês*). No busca lo propio para sí mismo. No tiene esa desmedida atención al propio interés que condena al olvido. El egoísmo condena siempre a un olvido fundamental al amado, en sus necesidades, problemas, y debilidades. Sobre este fundamento se abren



dos vacíos de sufrimiento: el vacío del olvido como fallo en la frescura del recuerdo, y el vacío del olvido como expulsión del afecto del corazón. El yerro de la memoria es sólo la molesta epifanía que revela el vacío doloroso, en el corazón. El antídoto del egoísmo es el recuerdo, el rescate del ser amado de esa muerte anticipada del olvido y su retorno a la vida junto al corazón. De esa soledad en la que, a veces, la debilidad que somos lo deja precipitarse. El amor, que no es egoísta, exige la lucha contra el olvido y la continua redención por

la evocación y el afecto. Para que tenga siempre su página escrita y fresca en la memoria del corazón.

El amor no se irrita (*ou paroxú-netai*). No se exaspera, ni se amarga. Irritación es esa excitación morbosa y malsana que provoca la ira, y la ciega violencia que la sigue al escenario como coro trágico y fatal. Irritar es, además, anular o invalidar una relación contractual, o una obligación libremente asumida. El amor es medicina que mantiene alejada la enfermedad de la ira y la violencia que ciega. El amor impide que quien ama quede invalidado y anulado por la sinrazón, la ceguera, y la locura de la crueldad que inducen a la amargura.

El amor no lleva cuentas del mal (*ou logídsetai tò kakón*). No calcula el mal como pago del daño recibido. No es resentido.

No afea la conducta de modo humillante. Corrige con energía y dulzura el defecto. En ocasiones de dolor, su más delicada finura se reviste de disimulo; no humilla al amado abriendo la sima de la distancia insalvable. Disimula la falta, tendiendo el puente de la reconciliación y haciendo brotar la esperanza del perdón. Aguarda con paciencia el tiempo oportuno de analizar, de discernir la culpa y vertebrar el reproche; de poner los remedios y prever el error. De entrada, el amor disimula: no se rompa el hilo delicado que une los corazones y renazca la comunicación y el reencuentro en ese campo amplio, floreciente de vida y esperanza, que es el amor

El amor no se alegra de la injusticia (*ou khaírei épi tê adikía*). La justicia simboliza el conjunto equilibrado de todas las virtudes. Es la armonía que equilibra y pacifica el corazón. La alegría por la injusticia sería complacencia en el desequilibrio, en la desarmonía y el sufrimiento interior, espiritual.

El amor ama la justicia del amado, su armonía espiritual, su equilibrio interior. La falta del amor para el corazón humano es una grande y trágica injusticia, pues está hecho para él. Si el corazón alcanza a tocar y ser tocado por el amor, entonces alcanza su estado de derecho. El equilibrio de un ser que ama y se siente amado es su justicia. Cuando esa armonía falta, se experimenta una injusticia infligida que hace brotar un clamor irreprimible de tristeza. El amor es justo. No se alegra con la tristeza del amado. Pues entonces falta el amor.

El amor se alegra con la verdad (*sunkhaírei dè tē álêtheía*). La verdad, referida al ser humano, es la sinceridad del corazón. El amor goza tratando y compartiendo con alguien sincero que vive desde el corazón y con el corazón. El amor vive así, con sencillez y transparencia, llevando siempre cuenta de que no se puede hacer daño al amado, porque está viviendo de corazón y dañarlo es causarle dolor en lo más íntimo del ser. La verdad de cada ser está en lo hondo y profundo del mismo.

El amor todo lo excusa (*pánta stégei*). El amor cubre, protege, mantiene secreto y pasa por alto en silencio todo lo que puede afear o dañar la imagen, la buena fama y el buen nombre del amado. No publica el defecto que avergüenza o la debilidad que humilla. Por el contrario, vive en la intimidad el amor, en su luz y su sombra, en su cara y su cruz, en su derecho y revés.

El amor todo lo cree (*pánta pistéuei*). Confía en la sinceridad del amor del amado y en su esfuerzo incansable por purificarlo. Da crédito a su capacidad de amar, aun teniendo noticia de su débil voluntad, quebradiza e inclinada al pecado contra el mismo amor. Ama todo lo que de realidad hay en él y considera siempre ese amor

una inversión favorable. Lo acepta todo, y por encima de todo, y a pesar de todo. Pero, especialmente, concede crédito a la capacidad que el amado tiene de hacer emerger lo que de virtuoso, positivo y precioso hay en él, incluso de entre las ruinas de su situación errada, fragmentada o culpable. Mantiene inquebrantable la fe en que el amor es una energía capaz de infundir el ánimo necesario para resurgir de las cenizas a las que puede reducir el misterio obscuro del mal que acecha desde el abismo insondable del corazón.

El amor todo lo espera (*pánta élpídsei*). Esperanza es obstinación en la satisfacción graciosa y futura de un anhelo. El amor cree firmemente que el amado es una gracia que llena el propio ser y que ayuda a obtener la necesaria consistencia para perdurar viviendo. Contempla al amado como una realidad siempre favorable para la propia vida. La esperanza del amor confía, contra todo pronóstico, en que de él vendrá el bien y el provecho. Incluso el dolor sufrido por su causa, lo experimenta el amor como buen fruto que alimenta la entraña y la hace crecer y madurar. El amor espera siempre: vive anclado en la certeza de que incluso el momento de amor que duele será un día medicina del alma. La más exquisita dulzura del amor es la esperanza del regazo que cobija. La esperanza de un último amparo y definitivo consuelo.

El amor todo lo soporta (*pánta ùpoménei*). El amor siempre se queda atrás, no quiere creer que nunca haya alcanzado el progreso logrado por el amado. Incluso prefiere encontrarse en situación por debajo de la que éste ha obtenido, y no pretende comprenderlo todo de modo claro y evidente. Es propio del amor sostener o llevar sobre sí la carga o el peso que supone la vida del hermano, in-

cluso cuando tiene que tolerarlo y sufrirlo. El amor siempre está pronto a sostener, sustentar, no dejar caer. Para ello afronta con resistencia el peso, el impulso de la fuerza, a veces violencia, del amado: lo tolera, lo aguanta y lo sufre. El amor se echa sobre sí mismo el peso de su vida y se impone la obligación de cuidarlo, encargarse de él y responder por él. El amor adquiere, en ocasiones, la faz del aguante, el rostro de la resistencia y el semblante del sufrimiento silencioso, incluso distante, pero siempre negándose a dejar caer al amado, o lanzándose a levantarlo si lo percibe caído, perdido o humillado.

El amor no acaba nunca (*oùdé-pote píptei*). El amor no falla. Nunca cae o se despeña hacia abajo perdiendo el equilibrio. No se precipita exponiendo al amado a la ruina espiritual. Nunca se sosiega, ni se adormece. No conoce la calma como ausencia del aire fresco de la vida. El amor no es jamás indolente, indiferente al dolor. El amor no envejece, no se arruina, sino que sólo se hace viejo o antiguo durando y permaneciendo en la fidelidad durante mucho tiempo. El amor no muere ni deja morir: es fuerte, como la muerte.

El texto sagrado termina afirmando que lo más importante (*meídsôn*) es el amor. No lo suple la esperanza de ver un día cara a cara, ni le supera la fe, aunque moviere montañas. Junto a la fe y la esperanza forma un conjunto armonioso: nunca se desequilibra y se adapta a todas las circunstancias y situaciones. Pero el amor es más grande, más espacioso y ancho, incluso más fuerte, intenso y poderoso. Aún me parece escuchar, entre las brumas de la memoria, el final del estribillo cantado por los muchachos: «si me falta el amor... nada soy».